

La Dirección General de Arquitectura del Ministerio de la Vivienda ha querido sumarse, con más razón y más razones que nadie, organizando la Exposición de Madrid, a las celebraciones del cuatricentenario de la capitalidad de la villa.

Y con criterio eficaz, claro, fácil a la comprensión de todos, exponer, en mil metros cuadrados, el desarrollo, urbanismo y transformación de nuestra ciudad (que sigue sin querer llamarse así, como esas grandes, mayores y distinguidas damas a quien alguien de su servicio continúa llamando "señorita"). La evolución, en fin, de nuestro Madrid desde los días tenebrosos y triunfales de Felipe II.

Y hora es ya de decir que aceptando su evidente deslucimiento, he preferido en esta ocasión escribir—leer—a hablar, porque creo que escribir y no decir es el verdadero homenaje y servicio de un escritor; porque las palabras escritas ahí quedan, y las otras se las puede llevar el viento. Por ejemplo el viento del Guadarrama. ¡Nada menos!

Entre los plurales aciertos iniciales de la Dirección General de Arquitectura está, sin duda, la bella edición de un libro de afortunado garbo debido a Miguel Mihura, que lleva sesenta prodigiosas ilustraciones de Juan Ignacio Cárdenas. En este libro encuentro un párrafo breve que considero de imprescindible cita. Dice así: "Si Felipe II resucitara y se le llevara al Madrid nuevo, a la autopista de Barajas, a la Ciudad Universitaria, a los Nuevos Ministerios, y se le preguntase en qué ciudad estaba, Felipe II, sin dudarle, con sólo respirar, sabría que era Madrid."

Con respirar y con ver, querido Mihura, y con tocar las piedras que aquí tienen temperatura humana. Porque con todo lo que ha ganado y perdido (no se gana nunca nada ni en urbanismo, ni en literatura, ni en negocio de amor, sino a costa de pérdida), con todo lo que haya podido cambiar en lo que va de un villorrio manchego a una de las grandes ciudades europeas—tal vez, hoy día, la más animada, la más viva, la más confortable—hay cosas y acentos que están por encima de su circunstancia, y esas cosas son, entre otras—y nada menos—, la prodigiosa luz de Madrid, el carácter de sus gentes, y esa afortunada mezcla que aún seguimos teniendo y manteniendo de lo popular y castizo con lo aristocrático, no menos castizo, de ninguna manera. Todo eso se concreta en la calle, donde, en antagonismo aliviado, van del brazo don Diego Velázquez y don Francisco de Goya. La Cibeles y Neptuno también, que con su tridente tantas veces pensó en pinchar esa uva frescachona y pétreo, muy del gusto del marqués de la Valdavia. He aludido al carácter de sus gentes y es

capítulo importante que influye en la misma fisionomía de la ciudad. Las gentes de Madrid son naturalmente corteses y muy libres de la adulación. Simpáticas y no empalagosas. Ágiles de cabeza y calientes de corazón. Felices de palabra y discretas de obra.

Aunque algunos lo procuran, les es difícil lograr una antipatía perfecta. Y siendo criaturas con frecuencia dadas al desgarrar y a los gustos incluso por lo fúnebre, tienen, bajo formas ocasionales, un fondo insobornablemente alegre que transmiten colectivamente al clima de las calles en cortesías muy mal estudiadas por cierto. Miren ustedes que es bonito que se diga "¡ole tu madre!" y a nadie se le haya ocurrido hacer de menos (al hacerla de más) a una señora gritándole: "¡Ole tu hija!"

En la calle de Madrid todo tiene un ritmo alegre. Es como una voluntad. Ni la pobreza quiere verse ni reconocerse pobre. Tenemos tal asco por la pobreza, tal desdén, que casi nadie es aquí rico, por el dinero que le cuesta no ser enteramente pobre.

Esta exposición pretende, y creo yo que lo consigue, explicar muchas cosas, desde los orígenes etimológicos del nombre de Madrid hasta los más recónditos aspectos de los tres puntales fundamentales para una comprensión madrileña: el arquitectónico, el urbanístico y el que pudiéramos llamar interior, en el que tanto interviene la decoración, el alma de los muebles y de los objetos en lo que, en más de en cierto modo, cuenta la calle, como el pensamiento en una persona de la cual no vemos sino las calles de sus brazos, las ventanas de sus ojos y la plaza de su frente. Alusión inevitable: el exquisito gusto de Duarte Pinto Coelho, poeta de la decoración.

Madrid se entiende mal sin una mínima noticia histórica, aunque sea homeopática. Sin una elemental referencia a lo que fué mucho antes de que pudiéramos entrar o salir de Madrid por el aeródromo de Barajas.

Madrid tarda en verse, pero se comprende pronto si los ojos que le miran son los de un mediano espectador. Madrid, dentro de la marca española, del ancho orbe de lo hispánico, es la gran ciudad aglutinante, la que *capitaliza* y da orden al acento de todas las regiones, a la diversidad de todas nuestras razas y costumbres plurales; la que *enmadrileñiza*, adapta y adopta, la que transmite nostalgia a quien la deja y *orgullo* al que, dejándose ganar, la gana.

Madrid, poco monumental, es en sí un monumento. Madrid, nada geométrica, es villa metafísica.

Ha crecido Madrid asombrosamente de pocos años a esta parte, a lo ancho, a lo largo, a lo alto y a lo subterráneo. Sus puentes sobre el mínimo Manzanares y sus viejas y antiguas puertas quedan hoy dentro de la ciu-

dad tentacular, trepidante, y cuando de extrarradios se trata, van éstos entrando en radio con las anexiones municipales y esas colonias y esos hoteles que juegan a la vida del campo desde la seguridad del asfalto.

Puerta de Hierro pone verjas ilusorias a un campo pobre con casas de millonarios, y la Puerta de Alcalá, en la que registraron las maletas al caballero Casanova, tiene, carlotercista y bella, más ciudad fuera de sus puertas simbólicas que dentro. El puente de Segovia y el de Toledo—el primero, si no me equivoco, de Herrera y el segundo del barroco Pedro de Ribera—no son hoy lugares ni mucho menos alejados.

Cierto es que Madrid ha ido creciendo un poco a la buena de Dios, pero eso no importa si pensamos que Dios es el arquitecto del mundo.

Resulta Madrid una de las más complejas urbes europeas, ya que desde sus calles más cosmopolitas, llenas de lujosos hoteles—como no tienen Londres, ni París, ni Roma—, de bares, algunos cuidados como una joya, de suntuosas tiendas, de salas de espectáculos, de rascacielos, se sale con frecuencia a callejuelas estrechas, a milagrosas plazas donde el silencio habita; a rincones de un Madrid íntimo, provinciano, con viejos palacios, piedras en las que los años descansan cabeza y memoria; mustios esplendores que nos hablan de los Austrias y Borbones.

Ahora bien: ni este Madrid viejo, concéntrico al Madrid moderno y populoso que guiña a su tiempo las mil y una pupilas de sus anuncios luminosos, es un Madrid siniestro o peligroso, sino un Madrid risueño, amable, chulón a veces, menestral, señor (de la pompa borbónica a la melancolía galdosiana), un Madrid con ojos negros detrás de un balcón de verdes persianas y verbeneros tiestos de geranios en las calles donde—si así os gusta—podéis situar las notas lánguidas y aflamencadas de un errante organillo que acerca lo distante.

Es un Madrid generoso y bueno. Nos hemos esforzado mucho, en honor a los turistas, en hacer un barrio chino y no lo hemos conseguido nunca, porque nuestros rufianes son demasiado decentes, nuestros jaques rumbosos y nuestras mujeres llamadas *de la vida*, piensan en la muerte y su desgracia pretende estar en gracia de Dios.

Así, como gran historia, no tenemos. Sobre todo en comparación con Burgos, con Valladolid, con Avila, Toledo, Salamanca, Segovia, Cuenca... Vagamente—lo vago es nuestro insobornable clima—creemos saber los madrileños algo de un *Magerit* moro y amurallado reducido al espacio que hoy se comprende entre el Palacio Real, Puerta Cerrada y la iglesia de San Francisco. Un *Magerit* del que parece que se apodera Ramiro II en el año 939, para abandonarlo después, correspondien-

do la verdadera conquista, en el año 1083, a Alfonso VI.

Vienen después largos años incoloros, escasamente poblados de noticia, y ya en el siglo XIII *Madridt* concurre a la batalla de las Navas y al asedio de Sevilla.

Tuvimos absurdos dueños, como León V, rey de Armenia. ¡Una guasa! Se incorporó a diversas coronas, y sólo en 1477 los Reyes Católicos hacen aquí solemne entrada hospedándose en el palacio de don Pedro Lasso de la Vega, en la plazuela de la Paja. En 1520 Madrid se hizo comunero y dió hombres y bienes a Juan de Padilla. Hasta 1561 Madrid no fué Corte, y esta decisión aún no se la han perdonado muchos a Felipe II.

La gran mudanza, tala árboles, alza palacios, funda conventos y el rey se ocupa de concluir el Alcázar. En Madrid muere el príncipe don Carlos y la tercera mujer del monarca. Madrid brilla con la entrada de su nueva reina doña Ana de Austria, en 1570, y diez años más tarde nace el primer gran madrileño de las Letras: Francisco de Quevedo. Teniendo éste dieciocho años, se proclama rey al tercer Felipe en una corte ya poderosa que tenía embajadores hasta del Japón y de Persia.

(Algunos de ustedes se estarán preguntando a qué viene este pequeño alarde que me he tomado la molestia, naturalmente, de copiar de un libro propio a su vez copiado de otros libros ajenos. Viene y va todo esto a la calle. Madrid se está formando, construyendo, para que luego puedan construir sobre sus derribos los Bancos.)

En 1600 existían ya muchas casas, muchas cosas y asoman muchos casis. Estaba el palacio del duque de Lerma—exactamente donde hoy está el Palace Hotel—, el del duque de Uceda y tantos otros. Existía el Monasterio de las Descalzas Reales, el de la Encarnación y el de las Trinitarias. La plaza Mayor, a cuya nueva inauguración, bajo el mando suave y eficaz del conde de Mayalde, acabamos de asistir. Y todo esto le hace, indudablemente, volver al Rey a Madrid, desde Valladolid, que estuvo a punto de ser definitivamente la capital de España. A este Madrid donde ya vivió hasta su muerte, ocurrida en 1621, cinco años después de que pobre y olvidado, como le gusta a España que mueran sus escritores, muriese Miguel de Cervantes.

Fué fundamental para la calle de Madrid el reinado de Felipe IV, que, al año de sentarse en el trono, celebró las fiestas de la canonización de San Isidro. Nuevos palacios, templos de la belleza de la iglesia de Calatravas estatuas ecuestres, monumentos civiles como la Cárcel de Corte... Es un gran momento español que exalta nombres así: Quevedo, Calderón, Tirso, Lope de Vega, Velázquez, Carreño... La historia de Madrid es ya la misma historia de España. Madrid tiene, a la muerte de Felipe IV, en 1665, un destino claro y ascendente

y aún en el sombrío reinado de Carlos II se hacen grandes obras: la construcción, por ejemplo, del Puente de Toledo, la reedificación de la Casa de la Panadería, la iglesia de San Luis y el palacio del Buen Retiro.

Corren los años... Felipe V, Luis I, Fernando VI y Carlos III, rey de las dos Sicilias, que entra en el Madrid de Isabel de Farnesio en 1759. Este reinado consolida todo el gran empaque europeo de la villa. Se inaugura el alumbrado público, la limpieza urbana, las primeras escuelas gratuitas y nada menos que esa estu- penda institución de los alcaldes de barrio.

Con Carlos III, se terminan el Palacio Real, la Aduana (hoy Ministerio de Hacienda), la esbelta Puerta de Alcalá, el palacio que hoy es Museo del Prado, el Jardín Botánico, la reconstrucción de San Francisco, etc., em- pezando un auténtico tiempo moderno. Luego irán com- pletando Madrid Carlos IV, Fernando VII, Isabel II, Al- fonso XII y Alfonso XIII, a quien los españoles y ma- drileños deben muchas más cosas de las que recuerdan.

La calle se va ensanchando, alargando, teniendo un sentido que corresponde a su sentimiento. La calle de Madrid no es un medio, sino un fin. En el ancho orbe yo creo que es a los madrileños y a los italianos de Roma para abajo a quienes más les gusta habitar la calle. La calle como hogar, como casino; el ágora que sirve para algo más que para ir o para venir: para estar en ella. Para no estar en casa, que es uno de los dere- chos del hombre en el que no pensó la Revolución fran- cesa.

Hay una expresión más nuestra que de nadie, muy significativa: "Me voy a la calle."

La calle en Madrid es una persona jurídica. Una cita amorosa.

Preciso será partir, clásicamente, de la Puerta del Sol, de la calle de Alcalá, de la alfonsina Gran Vía. Y tam- bién del Prado y del Retiro, ese dédalo de calles y plazas sin casas, donde cada árbol parece una persona. Con sus otoños y con sus Primaveras. Con fieras dentro y pájaros fuera.

Es cierto que la Puerta del Sol nos queda, en la actual vida madrileña, como un poco a desmano. Pero es im- posible no considerarla como el centro insobornable de la ciudad. Desde ella empieza a contarse la numera- ción de todas las calles. De ella se dice en el anuncio de un piso, por ejemplo de la calle de Narváez, "semi- esquina a Sol".

La Puerta del Sol tiene su autónoma historia a la que por razón de tiempo y espacio hemos de renunciar ahora. En ella estuvo la Puerta de Guadalajara y en ella desembocaba la clásica calle del Cofre. En días del XVI fué centro de esas casas muy cerradas que se llaman de vida airada. Aquí estuvo la fuente de la Mari- blanca. En el XVIII nada menos que treinta casas se

derriban para construir la Casa de Correos, más tarde Ministerio de la Gobernación y hoy Dirección General de Seguridad. Escenario de muchos sucesos nacionales, hasta bien avanzado nuestro siglo, la Puerta del Sol cobijó una picaresca post-galdosiana, una bohemia soña- dora y los Cafés más Cafés que teníamos: el Colonial, el Universal, el Levante, el de Lisboa, y ya, a la entrada de la calle de Alcalá, el enorme Café Candelas, que yo creo que fué el último Café de camareras de Madrid. (El Café Candelas estaba frente a la puerta de entrada del Hotel de París, el mejor que teníamos antes del Palace y del Ritz, al que iban embajadores, príncipes y grandes cortesanas y en el que vivió y bebió mucho tiempo Rubén Darío.)

De la Puerta del Sol, si arrancan calles como la calle Mayor, la del Arenal, la de la Montera, la Carrera de San Jerónimo, Carretas y Espoz y Mina, arranca sobre todo la gran calle de Alcalá, la "c'Alcalá", señorial e "isidra", con toreros, mangantes, grandes señores, fro- taesquinas, señoronas y señoritinas, forasteros que ten- taban la virtud de los timadores y aquella institución tierna y tirada que nuestros abuelos llamaban "piculi- nas" y a las que tanta y tanta mujer honesta debía el discreto equilibrio de su hogar.

La calle de Alcalá, después un tanto relegada por la Gran Vía, esa Gran Vía que se nos va quedando muy pequeña, vive en la letra del cante hondo y recuerda uno aquellos famosos caracoles que decían:

Cómo reluce, cómo reluce,  
la gran calle de Alcalá,  
cómo reluce  
cuando suben y bajan  
los andaluces.

¡Ay, entonces el flamenco no era para americanos y esos "caracoles" nos traen a la tozuda memoria, a la luz baja del recuerdo, ojos sin color, bocas para siempre cerradas, zapatitos de charol, rumor de enaguas y de abanicos!...

A todos nos han cantado,  
en una noche de juerga,  
coplas que nos han matado.

Bajemos idealmente la Carrera de San Jerónimo y entremos en el Paseo del Prado. Todo su noble empa- que se conserva, pese a algunos desafueros arquitec- tónicos.

El Salón del Prado fué lugar de reunión de los ele- gantes y dandys del romanticismo. Aquí paseaba Larra del brazo del marqués de Molins. Subiendo, quizá al costado del Museo, de la Academia y del Casón, cru- zando la calle de Alfonso XII, entremos en el Retiro, uno de los más bellos parques de Europa, nada inferior al Bosque de Bolonia, ni al Pincio de Roma, ni al de la Cambre, de Bruselas, ni al Prater de la ciudad del

vals. Y perdámonos idealmente en sus veredas, donde los árboles tienen tatuados corazones, nombres y fechas.

Quedan muchos madriles, naturalmente.

El Madrid viejo, sobre todo por detrás del Ayuntamiento, bajando, bajando, a la calle de Segovia. Es un Madrid más para ver de noche y que no puede visitarse, sin embargo, en un *tour del Madrid la Nuit*, que enseñamos, entre valdepeñas y whisky, con *cuchichís* que han de ponerse en trance a una hora justa y con caraduras vestidos de bandidos de Sierra Morena. Es un Madrid distinto y parecido al Madrid castizales, chulo, que está por otros sitios, que hay que buscarle porque lo auténticamente chulo ni tiene *slogan* ni anuncios luminosos ni propagandistas eficaces.

Se nos ha quedado atrás, en esta divagación que por razones de agobio profesional escribimos de un tirón anoche mismo (quizá con más sueño que ensueño), nada menos que la Gran Vía y esa espléndida continuación de la Castellana por la que Madrid está llegando a Caracas.

La Gran Vía, desde su alfonsina iniciación con la Avenida del Conde de Peñalver, hasta que entra en la malograda e infortunada plaza de España metiéndose prácticamente en la calle de la Princesa, es, tal vez, la calle-calle (como el café-café) de Madrid. En ella hay de todo. Hasta madrileños. Infinitos bares, cafeterías, hoteles, pisos de oficinas más o menos misteriosas, tiendas, cines... Todo está al servicio de una casi congestiva animación exterior que no tiene hora decididamente

deshabitada. Esa Gran Vía, que se nos ha quedado pequeña, sigue siendo una gran calle, incluso con librerías y todo. En verano se nos llena de negros que surgen de no se sabe dónde, y la gente no cabe en sus terrazas variopintas.

En cuanto a la avenida del Generalísimo, con la Castellana, Recoletos y el Prado, forma una de las más impresionantes e impresionistas vías de Europa. Yo, que recorro ese trayecto muchas veces, desde la plaza de Castilla a la estación del Mediodía, me doy cuenta de su renaciente grandeza por la ruina que marca el contador de un taxi.

Otras ciudades son ciudades. Madrid casi es otra cosa. Madrid es calle. Así, por las buenas. Tan calle que recuerdo que Jean Cocteau me decía que el Museo del Prado era como una calle muy animada donde se encontraba uno, continuamente, amigos familiares de otros tiempos. (No me dijo de cuáles.)

Madrid, aglutinante de las cincuenta y dos provincias españolas, es no sólo la capital de España, sino la capital de un perfil y de un tuétano español que no puede olvidarse: el milagrismo. Ese milagrismo consustancial a nuestro espíritu poco cartesiano. Ese sentido de orientación en lo causal por lo casual. Ese orden en el desorden. Esa enorme y mágica armonía del caos. Ese clasicismo del que, en fin de cuentas, es hijo el romanticismo si bien lo pensamos.

El milagrismo, señoras y señores, que ha hecho posible que yo lea media hora larga sobre Madrid sin decir en realidad nada.

¡Ahí es nada, señoras y señores!

